

Más ¡ay! que el árbol de mi vida, roble
señalado de viejas cicatrices,
hasta en las auras del placer más noble
le tiemblan las raíces.

Aún no perdí el espanto ni el recelo
del antiguo dolor que padecía...
¡si hay almas que disfrutan ya del cielo
y lloran todavía!

Tú sola ¡oh mi pasión! puedes curarme
de tu recia virtud con la eficacia:
¡quiero en el dulce manantial bañarme
de tu fuerza y tu gracia!

Pues eres tan piadosa y tan discreta,
mi ternura te doy, que es mi tesoro.
¡Tú no sabes qué grande y qué poeta
me siento cuando lloro!

¡No me abandones nunca! Tu regazo
me da la blanda sensación de un nido
y estoy bajo el escudo de tu brazo
de mis propias ofensas defendido.



SÁTIRA



SÁTIRA

*Contra los sabihondos de
este tiempo.*

Vengo de mis soledades,
por sacudir la pereza
con el trajín y viveza
de las alegres ciudades.
¡Oh ferias de vanidades!
¡oh bazares de mujeres!
¡anzuelos de mercaderes!
¡ingeniosos artificios,
antesalas de los vicios
y lonjas de los placeres!

¡Qué de pedantes hinchados,
que de altivos mandarines
y ociosos y parlanchines
con ínfulas de letrados!

¡Qué de tontos disfrazados
de sapiencia y de arrogancia!
¡Qué generosa abundancia
de petulancia y licencia!
¡Cómo progresa la ciencia...
de la atrevida ignorancia!

Las lecciones de la historia
lecciones son de humildad,
mas los hombres de esta edad
tienen flaca la memoria.

Juzgan que sube su gloria
porque vuela en aeroplano;
presume el orgullo humano,
con aires de fanfarrón,
que por la nueva invención
ya tiene el cielo en la mano.

Que hoy el afán nos consume
de preñar la calavera;
ya no hay cerrada mollera
que de ciencia no rezume.

Ya todo el mundo presume
de sutil sabiduría;
la noble filosofía
vive en la plaza, y en cueros;
ogaño, hasta los barberos
estudian sociología...

No es el asunto saber,
si no fingir que se sabe
y adquirir fama de grave,
para medrar y ascender.

Cualquier necio bachiller
que escribe el primer ensayo,
ya juzga para su sayo,
con pujos de fierabrás,
que sabe y merece más
que Menéndez y Pelayo.

¡Cuánta loca pretensión!
 ¡Cuántos mozos de esta pinta
 se yerguen, sudando tinta
 de barata erudición!

Al que es tonto de nación
 la tinta se le indigesta;
 quien tiene dura la testa
 tonto vive y morirá:
 lo que natura no da
 Salamanca no lo presta.

Yo sé de un talento hermético
 que se las echa de crítico,
 de orador y de político
 de sociólogo y de estético.

Como es audaz y es herético
 pronto le harán catedrático,
 y, á fuer de sinalagmático,
 de arbitrista y paradógico,
 será ministro, ello es lógico,
 de un gobierno democrático.

Se atiborra de lectura,
 cita nombres, cita escuelas,
 parla más que un sacamuelas,
 sin sustancia y sin mesura.

Presumiendo de cultura,
 da lo soñado por visto;
 confunde á Buda con Cristo,
 dice cuanto se le antoja,
 pues con una paradoja
 ya se acredita de listo.

Si alguno le contradice,
 se revuelve, se demuda,
 y con la voz campanuda
 profiere: «¡La Ciencia dice»...

¡Qué ha de decir, infelice!
 ¿Dónde á la Ciencia has oído
 ni dónde la has conocido?
 ¿Piensas que tan noble dama
 chirra así, con la soflama
 de una moza del partido?

¡No la injurios ni avillanes,
que es señora muy honesta!
¡Jamás al juego se presta
de sandios y charlatanes!

Metida en vivos afanes,
no fuerce su voluntad
ni rinde su castidad
al ocioso rondador,
si no á quien siente el amor
profundo de la verdad.

¡A cuanto audaz sabihondo,
disfrazado de Merlín,
se le clarea el magín
de puro mondo y lirondo!

Con artículos de fondo,
con revistas de revistas,
anda lógrando conquistas
en los reinos de Minerva
toda una alegre caterva
de tontos y de egotistas.

Movidos de la ambición
construyen una Babel
con cimientos de papel,
y agujas de negación.

Su atrevida presunción
sabe el cielo castigar
condenándoles á hablar
en jerigonza; por eso,
aun los que tienen más seso
parecen locos de atar.

No quieren que á lo divino
la flor del alma le demos,
y quieren que comulguemos
con sus ruedas de molino.

Caso nuevo y peregrino:
si, con tanta diligencia,
la firme y total ausencia
de nuestra fe procuráis,
¿por qué, luego, excomulgáis
en el nombre de la ciencia?

Necios que donaire hacéis
de la ajena convicción:
¿por qué á vuestra negación
rendirle culto queréis?

Pues ¿qué autoridad tenéis
si negáis la autoridad?
¿Por qué la eterna verdad
de los dogmas desmentís,
si, luego, en dogma erigís
vuestra propia necesidad?

¡Oh feria de vanidades!
¡oh bazar de felonías,
mercado de lacerías
y almacén de liviandades!

Me vuelvo á mis soledades
que en mi apacible jardín,
fuera del loco trajín
de esta caterva de abantos,
¡me río de los encantos
del trapacero Merlín!

A mis soledades voy
aburrido de esta farsa,
de la estúpida comparsa
de los bachilleres de hoy.

Vóime, pues tan harto estoy
de histriones y de facetos,
parlanchines é indiscretos
con ínfulas de letrados...
¡que me vuelvo á mis cercados
en busca de analfabetos!



EPÍSTOLA



EPÍSTOLA

Del Poeta á su Dama.

Morir me mandas aquí,
con aire de compasiva,
que es mandarme que no viva
mandar que viva sin tí.

Presa soy de ansia mortal
y aun me quieres satisfecho;
ve, señora, que sospecho
que no te duele mi mal.

Si no bastaba á mi amor
el gozo de tu presencia,
juzgar puedes, en tu ausencia
lo que será mi dolor.

¡Y aun me mandas que procure
granjear otros consuelos;
que de enojos y de celos
y de tristezas me cure!

¿Por qué quien tanto adivina
me da remedios tan vanos?
¿Por qué no vienen tus manos
á darme la medicina?

Donosa te muestras hoy.
Buscando á mis ocios playa,
me aconsejas que me vaya
más lejos de lo que estoy.

Reniego de mi fortuna,
que estando fuera de tí,
lo mismo da estar aquí
que en los cuernos de la luna!

Si, por señal de tu gloria
del alma me despojaste,
dí, ¿por qué no te llevaste
con el alma la memoria?

Huérfano de tu presencia,
¿dónde pondré la esperanza,
si el olvido y la mudanza
son los riesgos de la ausencia?

Pues ¿no han de sentir enojos
éstos ojos que te adoran,
si mientras ellos te lloran
te están gozando otros ojos?

¡Pluguíérale á mi codicia
que de súbito cegara
todo aquel que te mirara
con barruntos de malicia!

Pero sólo con la muerte
podría mi afán guardarte,
¿cómo no ha de desearte
quien logre siquiera verte?

¡Cuánta mirada ambiciosa
profanará tu hermosura!
¡Le plugo á mi desventura
que nacieras tan hermosa!...

Y aunque yo tengo á mi amada
por un angel de los cielos,
se me despiertan los celos
al verla tan festejada.

Pues con las glorias, apenas
recordamos las memorias,
y temo que con sus glorias
no se acuerde de mis penas.

Perdona á tu triste amigo
si no te sabe agradar,
que, á fuerza de cavilar,
ya no sé lo que me digo.

No quiero enojarte, pues
tan esclava es mi pasión
que he puesto mi corazón
como un escaño á tus pies.

Mas, como tanto sufrí
se me acaba el sufrimiento...
¡y aun he de mostrar contento
para contentarte á tí!

Sí lo haré, dulce señora,
que en lo que tú me mandares
habrá gozos singulares
el corazón que te adora.

Y agora, con tu licencia,
la carta presente escribo,
por señal de mi obediencia;
que aunque me mata la ausencia
con tal de servirte aún vivo.



SUPER FLUMINA...



SUPER FLUMINA...

Oh vida! Por seguirte he derrochado
de mi robusta mocedad el brío;
mi carne en tus incendios he quemado
y la rosa del alma he deshojado
sobre la espuma de tu alegre río....

Tu alegre río que en las blandas horas
de mis noches de amor, noches serenas,
y en mis breves auroras vencedoras,
me aduló con sus cláusulas sonoras
resbalando á mis pies entre azucenas.

¡Cuántas veces, oh río soñoliento,
de mi aguda ansiedad fuiste el descanso!
¡Cuántas veces voló mi pensamiento
con las alas suavísimas del viento
sobre el limpio cristal de tu remanso!

¡Con qué murmullo halagador sonaba
la dulce risa de las claras ondas!
¡Con qué donaire el corazón me hurtaba!
¡Y cómo el río entero palpítaba
con un temblor de estrellas y de frondas!

¡Ay, cuántas veces, cuando Dios quería,
miré el semblante de mi dulce dueño,
que tu corriente retratar solía,
mientras tu mansa lengua repetía
los ecos de su voz, como en un sueño!

Y ¡cuántas noches, de prodigios llenas,
templaste con dulzuras horacianas
el fuego de la sangre de mis venas!
¡Cuán amoroso divirtió mis penas
el alegre rumor de tus fontanas!



¡Ya no vibran la música y el canto,
la suave endecha y el idilio tierno,
de tus umbrías misterioso encanto!
¡Turbias tus olas son, olas de llanto
que se deslizan hacia el mar eterno!

¡Ya se apagaron los divinos ojos
que dibujabas en tu linfa inerte;
ya sólo veo en tu remanso abrojos,
lágrimas y cenizas y despojos,
avisos y sentencias de la muerte!

¡Sepulcro de cristal! ¡Agua dormida!
Sobre tu espejo mi esperanza flota
como ave muerta del cenit caída,
y en tu corriente se me va la vida
como la sangre por la arteria rota...

Todo, todo se va, todo resbala,
y es sólo una burbuja el pensamiento,
nota fugaz en la infinita escala
de los sonidos, el temblor de un ala
sobre la muda soledad del viento.

Más rastro deja la anillada oruga
dentro del cáliz de la flor, que el grito
de nuestro raudo pensamiento en fuga:
¡Liviano soplo que, al morir, no arruga
la epidermis del mar de lo Infinito!

Yo quise en mis ardientes mocedades
fundir en hierro y cincelar en roca
mi vida, mi ambición, mis ansiedades....
¡Para saciar mi sed de eternidades
la eternidad me parecía poca!

En mis sueños de fiebres y de amores
ví temblar en las nubes las escalas
divinas, los eternos resplandores,
y mirando en el aire los azores
lloré de envidia al contemplar sus alas.

¡Ay, que movido de tan altos vuelos
quise emularlos y vencer las cumbres,
tocar los astros, desgarrar sus velos,
y hasta robar, como ladrón de cielos,
vivas centellas y gloriosas lumbres!

¡Mas por castigo á mi codicia loca,
despeñado de cielos y montañas,
sentí, al caer sobre la dura roca,
fuego en el corazón, hiel en la boca
y la garra de un buitre en las entrañas!

Todo es desierto y soledad sombría;
todo es roca y es zarza y es abismo....
Cierro los ojos y en el alma mía
se abre un tajo más grande todavía:
¡el abismo sin fondo de mí mismo!

Nadie sabe mi bárbaro tormento.
Desgarra el buitre la sangrienta herida,
y en la penumbra de la noche el viento
tiembla como un sollozo.... ¡es el lamento
con que acompaña á mi dolor la vida!

Todo llora á la par: lloran los ríos,
las selvas, los peñascos, las fontanas....
¡Sólo veo á mis pies tajos sombríos,
soledades, finieblas y vacíos
y sepulcros por todas las ventanas!

Y fluyen de las vidas y las horas
los ríos espumosos y veloces,
y en el turbio raudal de aguas sonoras
hay un recio clamor: desgarradoras
querellas de dolor, trágicas voces...

¡Ay, de la noche en el silencio grave,
se pierde esa querella en lo infinito,
como en la curva de la mar la nave,
como en la niebla de la cumbre el ave,
como en las ondas del espacio el grito!

Perdí la fuerza y el humor, que antaño,
sobre los días de mi vida adversos,
tejían ramas de laurel. Hogaño
no bastan ¡ay! á rescatar el daño,
los laureles, las flores, ni los versos...

Todos son ¡ay de mí! nidos vacíos,
búcaros rotos y cerradas puertas,
delgadas sombras y fugaces ríos,
inertes manos y semblantes fríos,
calladas bocas y palabras muertas...



Con esos simulacros que dibujas
nos tienes, Vida, á tus hechizos presos;
¡Y cómo entre tus brazos nos estrujas,
y engañas nuestra sed con las burbujas
de tus falaces y traidores besos!

Por seguir tu corriente he derrochado
del alma el fuego, la pasión y el brío;
yo mi sangre y mis lágrimas te he dado,
y, en plena juventud he naufragado
sobre las aguas de tu ocioso río...

¡Pérfido manantial! ¡Pérfida ola!
Con nuestro llanto sin cesar acreces
la turbia linfa donde el sol tremola...
¡Cómo engañas, oh vida! ¡Ni una sola
de nuestras pobres lágrimas mereces!

Mas ya que es fuerza que en tu cauda impura
de mi destino los despojos hayas,
el leve paso acelerar procura;
llévame presto al mar, al mar sin playas...
¡y dame entre sus ondas sepultura!

Que ya del siglo en la desdicha cierta,
rotas las alas, la esperanza rota,
ciegos los ojos y la entraña abierta,
mi vida es un jirón... ¡águila muerta
que en el cristal de tu remanso flota!



TRENOS